

tocaba la música del batallón Guardia Nacional de Veracruz. Los fuegos se corrieron bien pronto desde la primera línea hasta parte de la tercera; y aquellas columnas ametralladas y fusiladas por el frente y flancos, y alcanzada su retaguardia por las bombas y granadas que disparaban el Caballero Alto y las cañoneras, presentaban un aspecto magnífico en medio del movimiento retrógrado que emprendían para regresar á sus atrincheramientos.

Menos de treinta minutos bastaron para probarles su impotencia, debiendo manifestar que, según noticias posteriores, aquello sólo fué un reconocimiento más formal que el del día 10, y en el que sólo tomaron parte dos columnas de las cuatro que estaban formadas, por si era posible dar un ataque general.

A la una de la mañana, después de levantado el campo, y llevados á la ciudad algunos prisioneros, el silencio era completo en la "Gola," y sólo en los grupos que los soldados formaban al pie de las piezas, se oía referir y comentar en voz baja los incidentes del ataque, y la cobardía del sargento Gutiérrez, y la bravura del Teniente López, de la 6ª Compañía.

Para terminar este "Recuerdo" haré presente, que tanto el Ministro de la Guerra, como el General en Jefe y otros oficiales superiores que les acompañaban, felicitaron calurosamente tanto á López como á sus compañeros, por el hecho que acababan de llevar á cabo: y que por disposición del primero, se hizo mención honorífica de él, en la orden de la plaza del siguiente día.

VERACRUZ.

Fallecimiento del Gobernador del Estado y Coronel del Batallón de Infantería Guardia Nacional de Veracruz, C. Manuel Gutiérrez Zamora.—Mirada retrospectiva.—Llegada de los Obispos desterrados.—Rasgos característicos del Gobernador.—Su muerte.—Aspecto de la ciudad.—Funerales.

I

LA reacción estaba aniquilada, vencida, humillada. Después del gran desastre de Calpulalpam, de sus jefes principales unos huyeron á ocultar su vergüenza á lejanos lugares dentro del país, y otros marcharon al extranjero á promover la venta de la Nación para satisfacer su venganza, importándoles muy poco marcar su frente con el estigma del traidor, para dejar sobre su huella un nuevo rastro de sangre.

Algunas partidas diseminadas, de bandoleros, capitaneadas por forajidos de la estofa de los Cobos, los Cajigas y los Márquez, buscaron abrigo entre las fieras sus congéneres en los intrincados bosques, ó entre las asperezas de las montañas, y espían el momento oportuno para asaltar, robar é incendiar pequeñas poblaciones ó aldeas indefensas, asesinando á sus moradores; ó buscaban la oportunidad para vengarse, en nombre de la religión, de ilustres patriotas que habían sido el alma, por decirlo así, de ese gran movimiento nacional que se conoce en la historia con el título de "Guerra de Tres Años," ó de "Reforma."

El ilustre patricio Melchor Ocampo y los beneméritos generales Santos Degollado y Leandro Valle, fueron víctimas de esa escoria de la sociedad que no vaciló en satisfacer sus feroces instintos, derramando infamente, á sangre fría, la sangre de un anciano venerable, sólo porque en la tribuna anatematizó siempre sus inicuos hechos, y de dos jefes del partido liberal, ante los cuales temblaban, porque eran la encarnación de los principios que con las armas sostuvieron. Cajigas y Cobos, eterna deshonra del nombre español, fueron los héroes de las jornadas, parapetados tras el sanguinario y rencoroso Márquez, cuyo nombre mancha la historia patria.

El mismo Gutiérrez Zamora, debió haber sido, un año antes, víctima de un crimen de los que en todas épocas ha sido pródigo en perpetrar el partido conservador, preparado y dispuesto en extranjera tierra.

Los asesinos llegaron á Veracruz en el vapor inglés "Clyde," y se alojaron en el hotel de D. José María Misas, honrado valenciano que tenía en grande estima al Sr. Zamora, y cuyo establecimiento, por su situación, se prestaba á la perpetración del nefando crimen: el aposento en que se les alojó tenía el balcón precisamente frente por frente del dormitorio del Gobernador, quien acostumbraba en las altas horas de la noche, cuando se retiraba á su casa, salir á tomar el fresco, al balcón, antes de acostarse. Se ve bien que estaba estudiado el plan.

La casualidad hizo que Misas se hallara en el aposento contiguo cuando los recién llegados, en dialecto valenciano, que le era familiar á aquél, hablaban á media voz del modo de llevar á cabo la sangrienta empresa que traían entre manos. Misas, sin hacer ruido alguno, abandonó el aposento y corrió á dar aviso al mismo Zamora, quien en el acto hizo aprehender á los presuntos asesinos; y ya á solas con ellos, después de afearles su conducta, y echarles en cara el crimen que iban á cometer, los hizo reembarcar en el mismo buque

que los condujo, custodiados y vigilados á bordo por D. José Conrado Altamirano, D. José Gregorio Carrión y D. Miguel Márquez Márquez; empleado particular suyo el primero, y del Resguardo marítimo los otros dos, y hombres de toda su confianza. Allí permanecieron hasta que el vapor salió al mar, regresando en la falúa del práctico que lo acompañó fuera del puerto.

Dentro del equipaje de aquellos miserables se encontraron notas anónimas que indicaban que los instigadores del crimen, en la Habana, estaban perfectamente al tanto de los hábitos y costumbres de la vida pública y privada del Gobernador, sospechándose con fundamento de alguno á quien Zamora tendía, no sólo la mano de amigo y era su compañero de mesa, su comensal diario, antes de que las cuestiones políticas los separaran, sino de quien fué protector en la época en que llegó al país.

El Padre Miranda, la única cabeza capaz del bando retrógrado, había traspasado el Océano; y Miramón, la primera y más valiente espada con que pudo vivir ese bando, asolando los pueblos; disfrazado éste de obrero del ferrocarril y aquél colgando los sangrientos hábitos, penetraron á Veracruz, permaneciendo ocultos en un entresuelo del hotel de Diligencias el primero, y en el de la "Luisiana" el segundo, para emprender la fuga por mar, embarcándose para el extranjero á la incierta luz del naciente día.

Y nada más fácil que haber aprehendido á uno y otro, pues el Gobernador Zamora tuvo oportunas noticias de la llegada de ambos. Antes que el belicoso sacerdote hubiera tomado alojamiento en el hotel de frente al Muelle, ya había habido quien lo conociera; y cuando el disfrazado militar, mezclado entre obreros del ferrocarril que llegaban en un armón á la ciudad, pasaba frente á la "Fábrica de Gas," dos oficiales de la guarnición que paseaban por la vía férrea, lo reconocieron perfectamente.

Empero en Veracruz ni halla cabida la delación, ni hay

BIBLIOTECA DEL GOBIERNO FEDERAL DE MEXICO

un solo hijo del puerto que manche su nombre con el feo epíteto de denunciante; y sobra nobleza para dejar que el enemigo que huye busque refugio aun entre aquellos que lo han vencido.

II

Los obispos desterrados del territorio nacional, también pasaron por la ciudad que más de una vez habían anatematizado; y si hubo mal aconsejados que los apedrearán al entrar por la "Puerta de la Merced," debióse al cinismo de uno de ellos que se atrevió á sacar fuera del ventanillo del coche, la mano, tinta aún con la sangre mexicana que por su causa se había derramado, para *bendecir* hipócritamente á aquellos á quienes odiaban de la manera más cristiana, pero que tomaban en lo que valían las tales bendiciones, y que de mejor gana habían recibido las bombas y granadas que un año antes se les arrojara en su nombre.

Y sin embargo, el mismo Gobernador Zamora, el intranigente demócrata, el gran republicano, enfermo al grado de tener que abandonar el lecho para correr á la defensa de sus enemigos, fué quien los salvó, evitando tal vez que aquello que tenía apariencias de sainete, concluyera con los horrores de una tragedia. Se trataba de salvarlos, es cierto, pero se cuidaba más del buen nombre de Veracruz.

En efecto, el día que los obispos desterrados llegaron á la ciudad, entre tres y cuatro de la tarde, hacía ya varios que el Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora guardaba cama, aquejado de una dolencia que poco á poco, lentamente, iba minando su existencia, tan querida para los veracruzanos, como útil á la patria y al partido nacional.

III

Desde que cesó la lucha fratricida y el país comenzó á reponerse de los males sin cuento que lo habían agobiado durante tantos años, el patriota funcionario, libre ya de los

asuntos de la guerra y buen hijo del Estado, se dispuso para realizar grandes obras que redundaran en beneficio de sus principales poblaciones. Un palacio episcopal en Veracruz ó en Jalapa, la Penitenciaría en Perote, la Escuela de Artes y Oficios en Orizaba, la de Agricultura en Córdoba, eran las concepciones que lo preocupaban; y mientras se estudiaban estos proyectos, dedicó su atención á la obra del "Hospicio" y al hermoseamiento de la Parroquia, cuya torre, tan irregular como imperfecta, afeaba el templo y la parte ornamental de la ciudad. El ensanche y comodidad del puerto, haciéndolo á la vez que seguro, defendible por mar, era otro de sus sueños dorados; y sin desatender en lo más mínimo las primeras obras, promovió y comenzó la construcción del camino de fierro de Veracruz á Medellín, en cuyo histórico pueblo quería establecer el despacho de los Poderes del Estado, para entregarse, así aislado y sin interrupción, á los trabajos que demandaba su reconstrucción.

Ninguna de las obras comenzadas bajo su protector gobierno pudo ver concluidas, si bien las dejó muy adelantadas. La muerte vino á cortar su existencia, llenando de profundo pesar á los buenos hijos del Estado Veracruzano, siendo de advertir, que el mismo día que quedó abierta la "brecha" para levantar el terraplen y tirar los rieles de la nueva vía férrea, al regresar de Medellín, donde fueron obsequiados él y los numerosos amigos que le acompañaban á la pequeña fiesta, con un modesto desayuno, comenzó á sentirse enfermo del mal que un mes después debía conducirlo á la tumba, llenando de duelo á la heroica ciudad; y ¡extraña coincidencia! sólo veinticuatro horas le precedía en el camino de la eternidad el gran reformista Miguel Lerdo de Tejada.

IV

La enfermedad, á la que él mismo al principio no dió importancia alguna, fué acrecentando más y más: al terminar la primera quincena del mes de Marzo, la ciencia médica se

había declarado impotente para detenerla, y todos temían la aproximación de un desenlace fatal. Do quiera se oía esta fatídica frase:

“Don Manuel no tiene remedio.”

Y en su casa y en el despacho, en los talleres y en los escritorios, en los cuarteles y en los establecimientos públicos, todos se hacían estas preguntas, llenos de honda preocupación:

—¿Cómo sigue el gobernador?

—¿Ha mejorado el Coronel?

La terrible catástrofe llegó al fin.

Desde la noche anterior al día 20 de Marzo, notábase inusitado movimiento en la casa-palacio, residencia del gobernador del Estado. Multitud de gentes de todas clases y condiciones, llegaban presurosas, pero en silencio y llenas de recogimiento hasta el zaguán, y allí, empleados ó amigos del ilustre paciente transmitían la triste noticia de que la muerte se aproximaba á gran prisa. Algunos espían desde la acera de enfrente á través de las vidrieras, y los que llegaron á la media noche supieron que había entrado ya en agonía.

Tres horas después, aquella multitud, esparciéndose dolorida y acongojada por la ciudad, comunicaba á los que se dirijían al palacio esta noticia aterradora:

—¡Acaba de morir!

Y las lágrimas surcaban las mejillas, y los sollozos se escapaban del pecho.

V

El día amaneció espléndido, hermoso; el sol naciente anunciaba con sus radiantes rayos la llegada de la primavera; pero la ciudad permanecía mustia y silenciosa, é indiferente del todo á las galas de la naturaleza.

—¡Ya murió!

Era la única frase que se oía en todas partes; y rostros

compungidos, y ojos llorosos, atestiguaban que sobre los veracruzanos pesaba un gran dolor.

El duelo comenzaba.

Un cañonazo disparado en el fuerte de Santiago, y cuyo eco resonó lúgubre en todos los ámbitos de la ciudad, repercutiendo en las ondas del mar, anunció que se tributaban los últimos homenajes al preclaro ciudadano que hasta ese momento fué el gobernador del Estado. En la misma hora, y por declaración solemne del Poder Legislativo, se hizo cargo del Gobierno con el carácter de interino el Lic. D. Fernando de Jesús Corona, Presidente del H. Tribunal Superior de Justicia.

El Ayuntamiento, lo mismo que la Legislatura, se habían declarado en sesión permanente, desde que los facultativos habían manifestado la aproximación de la hora suprema, y á cada instante recibían noticias de lo peligroso de la enfermedad, transmitiéndolos por el telégrafo al Presidente de la República y á las Cámaras Federales. Luego que de una manera oficial tuvieron conocimiento de haber fallecido, lo comunicaron á México, y en tanto que el Cuerpo Municipal y la Legislatura se hacían cargo en la parte civil de la inhumación del cadáver, el Jefe de las armas, por orden telegráfica del Ministerio de la Guerra, dictaba sus órdenes por lo que tocaba al servicio militar.

El comercio permaneció cerrado, lo mismo que los talleres y las oficinas públicas: en éstas y en los cuarteles, la bandera nacional estaba á media asta, y de todos los ámbitos de la ciudad, la concurrencia convergía á un solo punto: á la casa-palacio del finado, porque todos querían contemplar por última vez al hombre que supo hacerse querer aun de sus mismos enemigos.

El ascenso á la casa-palacio era libre para todos.

El aspecto que presentaba el salón de honor convertido en cámara ardiente, era majestuoso é imponente; lo lúgubre aparecía grave, y todo predisponía al más profundo respeto.

Los granaderos del Batallón de Guardia Nacional, del que era Coronel, daban la guardia de honor con la bandera dentro de su funda, y cubierta el águila de la moharra con negro crespón; y desde la puerta del zaguán hasta la del salón donde estaba tendido el cadáver una doble fila de centinelas, colocados á muy corta distancia, mudos, é inmóviles cual si fueran estatuas, formaban valla á los numerosos visitantes. Sobre una elegante y lujosa cama de bruñido bronce, toda tendida de negro, lo mismo que las paredes de la cámara, reposaba el ilustre difunto, portando sobre su noble pecho las condecoraciones militares que patentizaban sus servicios á la patria. Algo desfigurado, dejaba ver sin embargo, en su rostro, los rasgos, las líneas típicas que le caracterizaban en vida, no obstante estar velado por el sueño de la muerte aquella mirada que imponía, que subyugaba.

Cuatro gastadores en los cuatro ángulos del salón, y cuatro capitanes, espada en mano, de gran uniforme y con las insignias de luto, uno al pie de cada columna del túmulo, velaban el precioso cadáver, en tanto que los empleados civiles, los funcionarios públicos, los concejales y los amigos íntimos, relevándose de hora en hora, hacían los honores de la casa á cuantos llegaban. La rojiza luz de los enormes cirios, confundíéndose con la que penetraba arrancándose del astro rey, daban el tono más patético al cuadro que la muerte había trazado.

En la ciudad, el luto era general.

Casas de alto y accesorias, todas estaban colgadas con blancos cortinajes prendidos con negros crespones, y el silencio era, puede decirse, absoluto.

A las cuatro de la tarde comenzó á reunirse el fúnebre cortejo para concurrir á la inhumación, siendo los primeros en llegar los empleados y trabajadores del ferrocarril de Medellín, los del Hospicio y los de la Iglesia Parroquial. La calle donde estaba situada la casa-palacio y las adyacentes, quedaron henchidas de gentes de todas condiciones, todas vestidas

de negro; y desde la esquina de la Parroquia, prolongando la línea de batalla por la calle de María Andrea, hasta la Puerta Nueva, estaban tendidos los cuerpos de la guarnición: los viejos soldados del Fijo, á la cabeza de la columna, la infantería Guardia Nacional y el 2º Mixto, presentaban un aspecto imponente y conmovedor. Todos aquellos antiguos camaradas del finado, patentizaban su tristeza y su pesar; y la artillería, situada en la Plaza de Armas, esperaba su turno para incorporarse á su vez en la columna en marcha. Los cañones iban enlutados, y las cornetas, enlutadas también, lo mismo que los tambores, iban á la sordina.

VI

A las cinco y cuarto comenzó el desfile.

Cuatro oficiales de su batallón cargaban el féretro, y dos municipales y dos diputados ó funcionarios públicos llevaban las bandas, relevándose durante la carrera seguida: la escuadra de gastadores cerraba los costados, y el Presidente del Tribunal Superior de Justicia, con el de la Legislatura y el Municipal, y el Jefe de las armas, presidían el duelo. Tras la comitiva se formó la columna militar mandada por el General Coronel D. Francisco Paz; y luego que aquella muchedumbre comenzó á marchar, siguiendo al féretro, las músicas de los batallones rasgaron los aires con los melancólicos ecos de marchas expresamente compuestas para el lúgubre y triste acto.¹

El cortejo siguió las calles de la Pescadería y la Alhón-

¹ Un joven de apellido Thompson, había llegado de México pocos días antes del fallecimiento del Sr. Zamora, para curarse de una penosa enfermedad que lo aquejaba. Durante su permanencia en el hotel de Diligencias, donde se hospedó, continuamente oía hablar de aquél, y pudo conocer el grado de alto aprecio y estimación en que se le tenía. El referido joven demostró gran pesar cuando supo su muerte; y desde el balcón de su aposento presencié el desfile de la comitiva que seguía al cadáver de Zamora, derramando lágrimas. Cuando la música del batallón de infantería Guardia Nacional hizo oír los pri-

diga hasta la Parroquia, y desde allí toda la Principal, Santo Domingo, y la Merced, hasta salir á extramuros por la puerta de este nombre; y ya en el campo, la muchedumbre, que apenas cabía en las aceras y calles, se dispersó por ambos lados hasta llegar al Cementerio. En los balcones, en las puertas, ventanas y azoteas, todas coronadas de espectadores, no había quien no derramara lágrimas de dolor: lágrimas que, silenciosas, surcaban también los rostros de los viejos veteranos y de los aguerridos guardias nacionales.

Al llegar á la entrada de la Alameda, mientras el cortejo seguía esta calle, la columna militar cambió de dirección para llegar oportunamente frente al Cementerio, y formar en batalla; y cuando el féretro llegó á la altura de las últimas filas, la tropa presentó las armas. Luego, paso á paso se recorrió el frente, haciendo que nuevamente se redoblara el dolor de aquellos valientes que habían acompañado al bravo caudillo de la Reforma para defender la ciudad en los aciagos días de la guerra; y penetrando al interior del Cementerio los asistentes depositaron su preciosa carga para que manco menos amigas, pero no menos cariñosas, bajaran á la fosa, á la entrada de la capilla, los restos del que en vida se llamó Manuel Gutiérrez Zamora.

Veintiún cañonazos inofensivos, de duelo, y una inmensa descarga cerrada se hicieron escuchar hacia afuera.

Eran los últimos honores que sus antiguos compañeros de armas tributaban á aquel grande hombre, hijo del Estado de Veracruz, que fué uno de los esforzados campeones cuya firmeza, honradez y lealtad contribuyeron en mucha parte á reivindicar los derechos del pueblo mexicano.

Juárez perdió uno de sus amigos más adictos y sinceros;

meros aordes de la marcha fúnebre, que expresamente compuso para ese acto el Jefe de la banda, D. Marcos Ramírez, el joven Thompson, como herido por el rayo, cayó sin sentido, presa de un violento ataque de nervios que puso en grave peligro su vida. El joven Thompson pertenecía á lo más granado del partido conservador.

Veracruz uno de sus hijos predilectos; la Nación á un esclavido patriota de gran porvenir para su total reorganización.

VII

Todo había concluído.

Despojos que reclamaba y se devolvían á la tierra era cuanto quedaba de aquel valiente ciudadano cuya vida respetaron no sólo las balas americanas, como defensor de Veracruz ó como simple guerrillero,¹ y las de la reacción desde que comenzó la tremenda lucha, sino que escapó providencialmente al puñal de mercenarios asesinos.

Despojos que acusaban el no ser, la nada, del integérrimo patricio, afable, bondadoso y lleno de acendrado cariño en la vida íntima, en la vida del hogar, en la intimidad de los amigos; pero terrible ante el enemigo y sereno ante la desgracia, y cuyo lema, que llevaba grabado en el anillo que le servía de sello —“sufro, callo, estallo,”— pintaba su carácter en significativas, elocuentes y concisas palabras.

Despojos, última manifestación de la vida humana, del severo, á la vez que recto y honrado gobernante,² que sabía premiar el mérito donde quiera que lo encontraba, y castigaba el crimen, cualquiera que fuese el que lo cometiera.

Despojos, en fin, era cuanto quedaba de aquel hombre que se hizo estimar no sólo de sus enemigos políticos y de cuantos le conocieron, sino también fuera de su patria³ por su

1 Era Mayor del batallón Guardia Nacional de Veracruz, y con las compañías de preferencia formó parte de la columna que salió á observar los movimientos del enemigo estableciéndose en el Cementerio. No quiso capitular y se dirigió á Medellín, donde con varios jóvenes veracruzanos formó parte de la famosa guerrilla que mandó el Padre Jarauta.

2 Ha sido el único Gobernador que durante su administración *saldó la deuda* del Estado, no debiéndosele un centavo á nadie, al tiempo de morir. Véase la Memoria que presentó á la Legislatura.

3 Un viejo Capitán del regimiento de Cazadores de Baylén, que estuvo en Veracruz durante la ocupación de esta ciudad en 1861 á 1862, por el Cuerpo expedicionario Intervencionista, notando en el estrado de la casa donde estu-

dignidad, altivez, lealtad y firmeza de principios que nadie se atrevería jamás á negar, concretadas en una sola frase, con que respondió á cierto emisario del partido conservador, que en lo más crítico de la situación política, y cuando siendo el único que inspiraba temor á los contrarios, fué á proponerle que pidiera licencia por dos meses para separarse del Gobierno, trasladándose á Europa, después de *fixar el mismo la suma que quisiera se le situara en algún banco, para sus gastos.*

—Decid á los que os han enviado—contestó altivo y lleno de majestuosa dignidad al Jefe enviado,—que MANUEL GUTIERREZ ZAMORA LES DA EL DOBLE CON TAL DE QUE NO SE LE MANDEN HACER SEMEJANTES PROPOSICIONES.

Y en seguida puso en manos del aturdido comisionado un salvo conducto que le permitiera atravesar, sin peligro alguno, toda la zona de su mando, para que fuera á México á dar cuenta de su comisión.

.....
La losa funeraria se cerró sobre aquellos restos mortales para que durmieran el sueño eterno, olvidados por muchos años de sus conciudadanos. Las logias masónicas de Vera-

vo alojado una pequeña fotografía iluminada que representaba un Jefe militar, dijo al dueño de la casa:

—¿Es de la familia de vd. ese militar?

—No señor,—contestó aquel;—ese retrato es el del Coronel Zamora.

—¡El Coronel Zamora!—exclamó el capitán, acercándose más para ver mejor la fotografía.—¡El Gobernador Zamora! ¡El defensor de Veracruz durante la última guerra civil!

—El mismo.—Afirmó el interpelado.

—Entonces—prosiguió el primero descolgándo el retrato—permítame vd., amigo mío, que me lo tome y guarde como un recuerdo cariñoso y como una reliquia sagrada. Soy catalán, y como tal, soy liberal; y este hombre, á quien hubiera deseado conocer personalmente y á cuyas órdenes me hubiera honrado de servir, *tuvo siempre todas mis simpatías.*

El retrato era de mi propiedad, y la escena pasó en mi casa, cuando yo estaba en el campamento de la 1ª División, entre el expresado Capitán y mi padre, quien me lo refirió en Medellín á mi regreso durante la licencia obtenida con motivo de los "Tratados de la Soledad."

cruz proyectaron y llevaron á cabo últimamente la idea de erigir un monumento en la Alameda de su ciudad natal, digno de la memoria del bravo caudillo de la Reforma.

VIII

Un episodio para terminar este triste recuerdo.

Cuando el fúnebre cortejo pasaba frente á una casa de la 3ª calle de la Merced, una anciana, una octogenaria, que lloraba amargamente, se arrodilló toda trémula y afectada, exclamando con dolorido acento, que entrecortaban los sollozos:

—¡Para qué la procesión del Viernes Santo, después de presenciar el entierro de *Manuel!*

.....
Acababan, por decirlo así, de ponerse en vigor las "Leyes de Reforma" que prohíben el culto externo.

Aquella anciana, que era comadrona, había llevado á la fuente bautismal *tres generaciones, y entre sus hijos, como cariñosamente llamaba á sus ahijados, era su predilecto su hijo Manuel.*

Era reaccionaria la triste anciana, y su llanto y su dolor, y las significativas palabras que pronunció fueron el mejor elogio á la memoria del ilustre gobernante.

BIBLIOTECA DE LA AGENCIA DE LA UNIVERSIDAD